

INVESTIGAR LA ÉTICA DE LA SUBVERSIÓN LINGÜÍSTICA. PEQUEÑA TEORÍA SOBRE DICCIONARIOS, PURISMO Y SUBVERSIÓN

Pérez Francisco Javier
Universidad Católica Andrés Bello

Pensar el Lenguaje

Las más comunes, así como las más especiales, definiciones sobre el lenguaje de los hombres insisten en apreciarlo por sus cualidades de entenderse y desempeñarse, al mismo tiempo, como instrumento de comunicación, herramienta para la generación del pensamiento y como vehículo para construir y fundar el mundo por medio de palabras y expresiones. Fuerza poderosísima, el lenguaje, no sólo nos hace funcionalmente diferentes a cualquier otra criatura, sino que, y he aquí la verdadera diferencia, nos potencia por sus posibilidades de ver en él nuestro propio rostro, una imagen fidedigna o desdibujada de lo que somos como individuos.

Retratos, por medio del lenguaje, en él cohabitan y conviven nuestros conocimientos de las cosas, nuestro mundo de relaciones con la realidad a partir de ellas, nuestros afectos y nuestras repulsiones, nuestras ideologías y visiones del universo, nuestro sentido de la vida, en suma.

Palabras y expresiones, ordenadas de manera arbitrariamente establecida, es gracias al lenguaje por donde nos acercamos a los ámbitos más reveladores de la existencia humana. Una palabra nos conduce a una cultura, a un pensamiento, a un modo de entender los comportamientos, a una sociología, a una psicología y, en definitiva, a una espiritualidad que las palabras graban y asientan para humanamente definirnos.

Lenguaje lleno de mensajes, aún aquellos que entiendo como vacíos, corrientes y corrientazos que no hacen más que producirse para producir movimientos y voluntades hacia lo que quiero o hacia lo que repudio. Afecto y odio parecen ser marcadores muy sólidos para diferenciar las posibilidades que el lenguaje, los lenguajes, tienen como ejecutorias conceptualizadoras.

Ética del lenguaje

Afecto y odio, repudio y cariño son, ahora, condiciones anímicas reflejadas por el lenguaje que van a diseñar propuestas para acercarse o alejarse de las referencias vehiculadas por el lenguaje y que lo van a propiciar como objeto de estudio en el ámbito de la moral. Moral del lenguaje como la capacidad de ser expresión contundente, apasionada o utópica de los valores espirituales o intelectuales que por medio de él somos capaces de comunicar, racionalizar o fundar.

No existe otra posibilidad para instalarnos en el lenguaje sino aquella que nos lo muestra en la ética de la expresión, valor por el valor mismo, fuerza por lo que tiene de poder, abismo por la anticipación a la caída, tropiezo por el dolor que siento en el golpe mismo. El lenguaje no es más que arma de ataque, instrumento para calar la radiografía de la ideología, asidero para reconstruir los vericuetos de la manipulación, instante en que roza la grandeza, vehículo, sin más, para satisfacer la necesidad de poder.

En otras palabras, gracias al lenguaje encuentro las vías para la destrucción o el amor. La ética del lenguaje, entonces, nos asienta en la idea de que no es mejor o peor sino en cuanto a su expresión torpe o privilegiada, y, jamás, por la valoración que suponga la presencia en él de lo que repudian o quieren los hombres y los grupos humanos. Aquí, la ruptura de la ecuacionalidad entre la moral del referente y la ética de la expresión de esa referencia queda aniquilada. Asimismo, la apreciación crítica nunca puede estar sujeta a esa debilitada ecuación.

Sin embargo, la historia de la intelección por medio del lenguaje no siempre entendió esta ruptura. Al contrario, en numerosas situaciones que registra la historia o la literatura, el trasvase fue directo, haciendo que sujeto y objeto no fueran más que la misma cosa. Es decir, si la obra literaria ofrecía visiones sobre la descomposición social, el propio texto era atacado por sus valores para describir tal descomposición, convirtiéndolo en éticamente dudoso. Un

caso clásico, a este respecto, podríamos invocarlo al referir el poema *Una carroña*, escrito por Baudelaire, a mediados del siglo XIX. Poema de la descomposición social vista a través de la descomposición del sentimiento, equivalente en esto a *Madame Bovary*, o de la descomposición del amor, construye una de las expresiones más duras de la seducción lírica por medio de lo repugnante y putrefacto, utopía corporal que será realidad hasta para la más hermosa de las criaturas. Esta ética afortunada de la expresión lingüística es, entonces, rechazada por una lectura social, plana y condenatoria que condena a Baudelaire y aplanas sus aciertos de lenguaje feliz.

Versión y subversión

Versión, como referencia, y subversión, como símbolo, he aquí las polaridades de la aproximación a los desórdenes sociales desde el orden del lenguaje para generar el rechazo de los desórdenes lingüísticos desde los órdenes sociales. El lenguaje tiene como meta organizar el cuerpo social. Existe como voluntad colectiva, más que como psicología particular. Los deterioros lingüísticos deben ser vistos como decadencias sociales. Degradación del instrumento para pensar y representar el mundo, deformación de los logros de la fundación de la realidad por medio de palabras, tiene, una y otra vez, que ser visto como relato paralelo de deterioros y deformaciones de un cuerpo social que se identifica mal con las imágenes y los imaginarios que se construyen gracias al lenguaje.

El mal uso del instrumento es también una subversión. Uso torpe, flojo y milimétrico, ajeno a los designios de las academias y los centros de educación, nos referimos a los deterioros que se van fraguando al calor de los empobrecimientos espirituales y del pensamiento que, sobre todo en las sociedades modernas y ultratecnificadas, ya resultan de imposible marcha atrás. Incongruente con una visión purista del problema, se trata de un movimiento de desajuste social, también, el hecho de que el desinterés por las capacidades y fuerzas del lenguaje, -arma, lo hemos llamado-, luzca como constante del tiempo actual. Se trata, entonces, hasta de un lenguaje que no sirve para versionar la vida y en donde la referencia se agota en debilidad. Decimos, pues, que un lenguaje de la versión, universo de la referencialidad o señalamiento de la realidad por medio de signos, debe estar acompañado por un lenguaje de la subversión, transgresión consciente y manipulada de los símbolos y los imaginarios. No existe lenguaje sin versión y sin subversión.

Aunque, sin embargo, esta situación es así, también es posible pensar en la subversión como en la desviación de las fuerzas habituales de los lenguajes. Universos oblicuos que se esconden en la latencia de la expresión y en la discursividad que los códigos de la referencia no pueden, ni siquiera, detectar. Se trata de ver aquí las posibilidades que tiene el lenguaje para transgredir su propia naturaleza comunicadora, para hacer de la comunicación y de su ausencia en el silencio, ideología. Manejo interesado de las ideas, la ideología funciona como perturbación de los equilibrios y de las linealidades de la consciencia. Como un río subterráneo -profundo-, está la subversión, siempre ideológica, entrando en juego para condicionar las lecturas del lenguaje y para imprimirle una carga de valor muy alto, tanto a lo que dice como a lo que calla, al cómo dice lo que dice y al porqué no dice lo que silencia. Ámbito de significaciones, todo en el lenguaje es significativo.

Diccionario y discurso oblicuo

En cuanto a los diccionarios, podemos decir que resultan, en este concierto ideológico, modalidades textuales muy peculiares por sus posibilidades de servir de vehículo a visiones del mundo, a afectos y repulsiones, a actitudes mentales y a respuestas ideológicas poderosas que, se ha afirmado, constituyen verdaderos discursos etnográficos en donde quedamos los hablantes retratados y en donde el propio diccionario pasa a ser una construcción para construir nuestra imagen afectiva, histórica, social, filosófica y cultural.

De esta idea se colige que el diccionario ya no puede ser entendido, solamente, como libro que posibilita soluciones a problemas de referencialidad semántica, sino que, contrariamente, tienen que ser leídos como instrumentos cargados de polivalencias semánticas en el terreno de los espacios culturales más amplios y complejos. Adquiere, así, un valor textual y discursivo determinante para, escondido detrás de la habitual asepsia de sus descripciones, retratar el universo mental de una cultura.

Entonces, más que interesarnos por los méritos del discurso recto del diccionario, puro problema de elaboración técnica, nos seduce la idea de entrometernos en el camino oscuro de su discurso oblicuo, aquello que dice entre líneas, lo que dice con intencionalidad, con ideología, con ironía; lo que dice para crearnos problemas en la comprensión simplista de la realidad, para atraparnos en la retícula de nuestros enredos para entendernos. Nilo de significaciones simbólicas, el diccionario tiene que hacernos pensar en la

constitución de una ética de las actitudes y manifestaciones sociales y en una ética del porqué de esas manifestaciones y actitudes que explique cada uno de nuestros movimientos del cuerpo y del espíritu.

Un terreno muy fértil, en vista de estos méritos del diccionario, lo constituye la comprensión de los discursos de la dominación y del poder. Sin desestimar la carga subversiva que postulan las discursividades etnocéntricas y pudibundas, es decir, las que ponen en evidencia exclusiones e intolerancias por la raza y por el sexo, resultan centrales aquellas formas de ordenar los acentos críticos que el diccionario hace evidentes en el lenguaje, al restringir o condicionar los procesos descriptivos hacia la materia purista. Aquí, entre el purismo y el antipurismo se genera un cuadro de profundas subversiones, choque de fuerzas que están conduciéndonos a limitaciones de una imagen acorde de valores nacionales *-coloniales*, podríamos también llamarlos-, frente a valores centrales *-imperiales*, tal vez-, dominaciones en el ámbito de las realizaciones lingüísticas de los hablantes que la preceptiva quiere ejercer. Restricciones, barreras y murallas para la libre capacidad de la expresión que el purismo, simple construcción de la lingüística del siglo XIX, ha hecho perdurar hasta hoy como necesidad de control de los deterioros del lenguaje. Sin quererlo, sin embargo, los ha generado en dimensiones pasmosas.

Purismo y subversión

Intentando controlar las subversiones lingüísticas las empresas puristas han generados poderosas aberraciones. No sólo las que provienen de las camisas de fuerza a la expresión, sino las que condicionan descripciones fraguadas de las peculiaridades de las lenguas, sino las que violentan la propia capacidad expresiva que las caracteriza.

En un afán por servir a la organización del cuerpo social a través de la ordenación del cuerpo de la lengua, la preceptiva sancionadora, generadora de aparatos correccionales, ha propendido a incrementar el mal que dice combatir. El fracaso de nuestra educación en materia de lenguaje puede ser el aval más persistente para lo que decimos.

Más grave, aún, cuando los purismos invaden el ámbito del trabajo lingüístico y el de las reflexiones intelectuales sobre la lengua. Lucha a muerte contra la subversión, entendida como desviación a la norma académica, el purismo deja de ser una fuerza natural de autocontrol de las libertades excesivas

que las lenguas poseen, para hacerse oficio de persecutores de sus valores más genuinos, inhabilidad para entender los caminos ricos de lo inusual lingüístico y de la infrecuencia de la expresión que las lenguas, poseedoras de recursos finitos, son capaces de producir en infinitud de posibilidades comunicativas.

Sin embargo, aquí no nos estamos refiriendo solamente a este tipo de purismo, sino, al más potente que viene representado, no tanto por los purismo a la forma, sino, más bien, a los que responden a parámetros de control de conductas, modos de pensar, ordenación de los afectos y las fobias por medio del lenguaje. Es aquí donde el purismo se hace crudo con el ejercicio de la lengua y con el ejercicio de pensarla, hablantes y lingüistas en el blanco de todos los movimientos de castigo. Estas razones, en otro orden de ideas, son las que están justificando los encubrimientos y las intrincadas celosías que los ejercicios de la lengua y de la lingüística están poniendo en práctica, las más de las veces inconsciente, mecanismos para invisibilizar las transgresiones.

Estos mecanismos no son más que subversiones de la especie más pura. Modo de revertir el orden, que se cree inoperante, para proponer, en su lugar, el otro que se estima óptimo para mostrar la pertinencia de la lengua y la exactitud de la reflexión que potencia. Estamos proponiendo que el estudio de la lengua y de la lingüística debe ser hecho desde los ocultamientos y las transgresiones que la subversión está subrayando y no desde esa superficie luminosa y correcta en donde creo está la esencia de la lengua y de su estudio por parte de la lingüística.

Estamos, así, diciendo que dudamos de toda corrección en materia de lenguaje y que sólo la entendemos en la medida en que construye el cuadro de la etnografía, ideología, pensamiento, historia y sensibilidad de una sociedad, cuadro de impurezas por donde se cuelan los verdaderos cauces de la certeza descriptiva. Son impurezas más que purezas las que nos ayudan a comprendernos culturalmente a través de la lengua y de la lingüística.

Pensar las impurezas

Son, pues, los lenguajes del vicio y de las impurezas, los lenguajes de los desequilibrios sociales, los lenguajes de lo marginal y repudiado, los lenguajes de lo que no se tolera, los lenguajes de lo que se afana en transgredir, los lenguajes de la areferencia y de la irreverencia, los lenguajes de los que rechazan y de los rechazados, los lenguajes de las periferias, los lenguajes de

los proscritos, los lenguajes de la destrucción del objeto por la destrucción del sujeto, los lenguajes de los deterioros y de las decadencias, y , entre muchos otros, los lenguajes de lo vigilado y castigado, los lenguaje que son motivo de investigación toda vez que la incompetencia de la preceptiva tradicional no funciona.

Gramáticos, lexicógrafos y lingüistas volcados a la tarea de registrar, ahora, un cuerpo de impurezas por donde poder, más allá de buscar las soluciones formales para su desaparición, producir las interpretaciones, conexiones, seducciones, reflexiones y eróticas (= estéticas) de lo humano, de lo social y de lo cultural en el lenguaje. Una nueva lingüística tiene que nacer de esta idea de pensar las impurezas de la lengua que, ante la expresa imposibilidad de limpiarlas, deben ser leídas como documentos para el conocimiento de los hombres que las han generado.

De aquí que la impureza del lenguaje y su estudio sea una forma más de encarar peculiaridades epistemológicas, peculiaridades etnográficas y peculiaridades anímicas, en compañía con el rico cuerpo de datos consignados por otras disciplinas científicas del espíritu. Problema de espiritualidad, la lengua y la lingüística encontrarán la ruta idónea para transitar los caminos de los descubrimientos humanos cuando deje de lado viejos y renovados impulsos de perfecciones y normativas lingüísticas y se ocupe, por contraste, en entender en la lengua y en la lingüística los altibajos de la vida.